

Una de terrores victorianos

Charles Dickens fue uno de los padrinos de Amelia B. Edwards, una de las grandes autoras de la época

El carruaje fantasma Amelia B. Edwards

Trad.: A. Chessa
 La biblioteca de Carfax, 2017
 244 páginas
 18 euros
 ★★★★★

LUIS ALBERTO DE CUENCA

La era victoriana fue, sin duda, una de las épocas privilegiadas en cuanto al florecimiento de la novela fantástica se refiere. Sobre las ruinas del *gothic tale*, los escritores victorianos construyeron un sólido edificio para el relato de terror que llegaría a su máximo esplendor cuando, en 1897, apareciese *Drácula*, de Bram Stoker; una de las mejores novelas de todos los tiempos. Pero hubo muchos –y muchas– cultivadores de ese género, en el que las zozobras y angustias de los hombres tienen su correlato literario. Una de las cosas más importantes que le puede ocurrir a un lector fascinado por la narrativa terrorífica como yo es descubrir

a un nuevo autor –en este caso, autora– que aún no formaba parte de su mitología personal, y eso es precisamente lo que me ha sucedido a mí con la londinense Amelia B. Edwards (1831-1892). Únicamente conocía el relato que da título al libro y que había aparecido –creo– en un florilegio de Valdemar. Los otros seis cuentos que componen el libro han constituido una auténtica primicia para mi voracidad lectora. Y eso es algo que debe parecerse a la sensación que tuvo el salmista, o sea, el rey David, cuando le trajeron a la sumamita Abisag a su lecho de anciano para que le alegrase el tramo final de su existencia.

Paladear cada frase

A mí me ha alegrado muchísimo leer despacio, en vacaciones, sin prisas, paladeando cada frase de la formidable traducción castellana de Alberto Chessa, los siete relatos reunidos bajo el rótulo de *El carruaje fantasma y otras historias sobrenaturales*. Cada una de esas historias compete con las otras seis en claridad expresiva, elegancia, efectividad narrativa y encanto, de manera que así, con todas esas cualidades juntas, me ha resultado fácil ingresar con pleno derecho en el paraíso de los lectores, donde siempre querría uno estar y adonde de hecho me ha conducido la lesbiana militante y egiptóloga aficionada Amelia Blandford Edwards. Cuenta Chessa en el

apetitoso texto con que se cierra el libro que Amelia no paró de viajar por todas partes a lo largo de su vida, acompañada siempre por su fiel compañera Ellen Drew Braysher, y que el invierno de 1873 lo pasó entero en Egipto, llegando a descubrir un templo oculto bajo las arenas del desierto y fundando después, a raíz de ello y en 1882, el *Egypt Exploration Fund*, *almus pater* de la actual *Egypt Exploration Society*. Para los curiosos, conviene recordar que la detective y arqueóloga Amelia Peabody, la célebre creación de la escritora estadounidense Elizabeth Peters (1927-2013), se llama Amelia en recuerdo de nuestra victoriana Amelia Edwards, como tributo a su memoria.

Esta Amelia Edwards viajera, paleofeminista, católica, embrujada por los misterios faraónicos, está pidiendo a gritos una serie televisiva en la que se mezcle su peripécia biográfica con las apasionantes historias que fueron surgiendo de su mente con el paso de los años. Conviene no olvidar que el relato que da título a este libro de la Biblioteca de Carfax se publicó por primera vez en el especial de Navidad de la mítica revista *All The Year Round* correspondiente al 1 de diciembre de 1864, y que el director de esa revista no era otro que Charles Dickens, uno de los padrinos literarios de Amelia cuando esta andaba por la treintena.

Philippe Sands, crímenes contra la humanidad

Le Carré ha calificado esta obra como «monumental». Un investigación fascinante sobre el genocidio nazi

o para asegurarme de que está muerto». Esta insólita reunión de extremos, de herederos de víctimas y asesinados junto a descendientes de perpetradores, será incansante a lo largo de este libro espléndido, de bifurcaciones y encrucijadas tanto vitales como geográficas, históricas o políticas, realmente apasionantes.

Calle Este-Oeste Philippe Sands

Trad.: R. Mena
 Anagrama, 2017
 600 páginas
 25,90 euros
 E-book: 9,99
 ★★★★★

MERCEDES MONMAY

En 2014, sesenta y ocho años después de los juicios de Núremberg, Philippe Sands, jurista, ensayista y abogado implicado en célebres procesos de la Corte Internacional de La Haya, descendiente de judíos exterminados en el Este de Europa durante la Segunda Guerra Mundial, visita la sala donde se juzgaron a algunos de los más conocidos criminales e ideólogos nazis. Lo hace junto a Niklas Frank, el hijo de Hans Frank, uno de aquellos terribles monstruos acusados, por primera vez en la Historia, de «crímenes contra la humanidad».



PHILIPPE SANDS

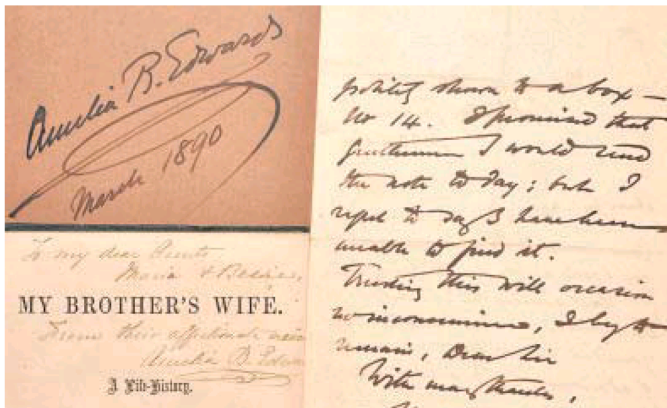
El término «genocidio» tendría que esperar unos cuantos años más. Durante la guerra Frank fue el temible gobernador general de Polonia, así como de la región de Galitzia, de donde era el abuelo de Sands, concretamente de Lviv. Era el abogado favorito de Hitler y sería en ese enclave donde, en el auditorio de su universidad, anunció en 1942 el comienzo de la «solución final». Frank fue ahorcado en 1946. Su hijo Niklas –según cuenta Sands– pronunciaría una frase nada más entrar en aquel histórico recinto: «Esta es una sala alegre, para mí y para el mundo». De repente, sigue contando Sands, Niklas, que en la época en que su padre murió tenía 7 años, dijo en voz baja: «Era un criminal». Mientras, le alargó a su amigo Sands una pequeña fotografía. En ella se mostraba la imagen del cuerpo inerte de su padre tendido en un catre, tomada tan sólo unos minutos después del ahorcamiento. «La miro cada día para acordarme,

Olfato literario

Cautivado Sands desde muy joven por aquel proceso histórico ocurrido en Núremberg «y sus mitos», en el que nació el moderno sistema de justicia internacional tal y como lo conocemos hoy, e intrigado a un mismo tiempo por el pasado sobre el que siempre se negó a hablar su abuelo judío, traumatizado como muchos otros por el recuerdo amargo de aquellos años, Sands, con verdadero talento narrativo y con un indudable y deslumbrante olfato literario que convierte cada uno de sus hallazgos en joyas tremendamente atractivas, entendería con «minuciosidad casi forense» una investigación dual, de género muy particular.

Una investigación muy adictiva que tomaba la forma conforme avanzaba de un thriller policiaco en el que hechos, fechas, personas y lugares no dejaban de ensamblarse y separarse de forma fascinante.

¿Existen las casualidades? Visitando por primera vez Lviv en 2010, tras haber sido invitado a una conferencia, Sands descubre unas más que «elocuentes» coincidencias que influirán hondamente tanto en la solución parcial de enigmas familiares sin resolver como, de forma muy directa, en sus intereses profesionales. Dos famosos juristas de la época del juicio de Núremberg, ambos judíos, Lauterpacht y Lemkin, eran originarios de Lviv, la misma ciudad de su abuelo. Nacido en 1904, Leon Buchholz, que escapó desde Viena, donde residía, hacia París en 1939, sería el único sobreviviente tras la guerra de una familia judía de 70 u 80 miembros. Pero Lauterpacht y Lemkin no eran unos juristas cualquiera. Se trataba de los legisladores que concibieron por primera vez en la historia dos términos que revolucionarían el mundo del derecho: genocidio y crímenes contra la humanidad.



Páginas manuscritas de la escritora victoriana Amelia B. Edwards